

La «gran ciencia» está fuera del alcance de la investigación española

«La ciencia española posee hoy día una infraestructura suficientemente amplia y dotada de medios necesarios como para abordar cualquier parcela de la investigación universitaria, excepto aquella que se conoce como «gran ciencia», que está reservada para los países poderosos, ha manifestado a YA el profesor José Miguel Gamboa Loyarte.

El profesor Gamboa hizo ayer balance de lo que ha supuesto para la ciencia española la labor del Instituto Nacional de Física y Química —centro Rockefeller—, que este año conmemora su cincuenta aniversario.

—Con la perspectiva histórica que nos permite este medio siglo de actividad científica, ¿cuál ha sido la labor del centro Rockefeller dentro de la ciencia española?

—Aunque con cierto desfase respecto del resto de los países, la investigación científica comienza a funcionar en nuestro país a partir de 1900. La única manera de disminuir distancias era la de irse fuera para aprender, pero esto se hizo en España de una manera desorganizada. Pese a todo, la inquietud despertada entre los científicos cristalizó siete años más tarde en la Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas.

Herederos de este organismo ha sido el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), que tuvo como a uno de sus primeros «inquilinos» al edificio Rockefeller, creado en 1932. Este nació por la necesidad de un organismo que se dedicara exclusivamente a las funciones de investigación, dotado de las garantías necesarias e independencia política y técnica.

La labor del centro ha sido continuada —excepción hecha del período de la guerra civil— y ha supuesto una gran aportación en diversos campos de la física y la química, como el magnetismo, la determinación de estructuras cristalinas mediante difracción de rayos X, espectrografía atómica, electroquímica, física cuántica, etc.

Hacia una política científica

—Se ha repetido en numerosas ocasiones, y desde diversas posiciones, que en España ha habido siempre una mala política científica. ¿Cómo la calificaría usted?

—Si uno espera a que un Consejo de Ministros le diga lo que tiene

o no que investigar, está muy equivocado. En mi opinión, una política científica es aquella que tiene una programación adecuada de personal investigador, que se preocupa del perfeccionamiento de su formación, que hace que los centros de investigación y sus miembros se dediquen a la planificación de la infraestructura y, sobre todo, que establece una serie de prioridades temáticas.

—¿Cuál sería en su opinión esa política científica prioritaria?

—Este tipo de política no debe basarse sólo en la realidad ya conocida o, por el contrario, en una serie de necesidades que se alejen de la realidad. Hay que partir de la base de lo que tenemos, y empezar a desarrollar aquellos temas que conviene desarrollar.

—En este sentido, ¿qué le pediría usted al nuevo Gobierno? ¿Está nuestra ciencia preparada para el cambio?

—Yo quisiera que se mantuviera una continuidad de criterios científicos que sean ajenos a cualquier vaivén político. Creo que los cargos directivos deberían de continuar en su mayoría. Aunque suene contradictorio, una política de cambios en el campo investigador supondría un retraso en el avance científico. Una buena solución sería que en nuestro país, al igual que sucede en algunos de Europa, estos cargos fueran funcionariales. El cambio político no debe afectar para nada a la ciencia. La investigación ha de estar libre de coyunturas políticas.

—¿Cuáles son las principales dificultades que encuentran los investigadores en nuestro país?

—En España ha habido siempre más dificultad para mantener instalaciones que para crearlas. Quizá también la falta de una dedicación plena que permitiera un mejor y más amplio conocimiento científico. Por otro lado, creo que no ha habido presión política, excepto en el período de los primeros años posteriores a la guerra civil.